

Las Buenas Noticias

Visión de un mejor mundo venidero



EL TRIUNFO SUPREMO

11

**La alternativa bíblica
a la Pascua Florida**

El fuego eterno del infierno
Un tema siempre candente

18

14

Deje de fingir
Elimine la hipocresía

**El verdadero
arrepentimiento**

22

CONTENIDO

Marzo-Abril 2026

Artículo de portada ▾

El triunfo supremo

El terrible sufrimiento y la muerte de Jesucristo no fueron una pérdida ni una derrota para él ni para Dios Padre, ¡sino la victoria definitiva! Los autores bíblicos comparan esta experiencia con la ceremonia del triunfo imperial romano de aquella época, mostrando cuán frívolas son la pompa y la vanagloria del mundo.

Por Tom Robinson

Artículos ▾

11

La alternativa bíblica a la Pascua Florida

¿Está usted permitiendo que las tradiciones religiosas le impidan tener una verdadera y auténtica relación con Dios y Jesucristo? Hay una respuesta a este problema, y se encuentra en las fiestas bíblicas observadas y enseñadas por Jesús mismo.

Por Gary Petty

14

Deje de fingir

Elimine la hipocresía

Fingir una actitud puede hacernos quedar bien con otras personas por un tiempo. Pero, en un contexto global, estamos ante el Dios que odia las mentiras, y él quiere que vivamos con toda sinceridad.

Por Don Hooser

18

El fuego eterno del infierno

Un tema siempre candente

El abandono del concepto tradicional del infierno por parte de algunos evangélicos, que ahora creen en la destrucción total de los malvados, está causando revuelo. ¿Qué enseña realmente la Biblia?

Por Ken Loucks

21

¿Ha orado usted alguna vez un mictam?

Seis de los Salmos incluyen este tipo de oración en sus encabezados. ¿Qué tiene ella de especial? ¿Y cómo se relaciona con nuestras circunstancias actuales?

Por Rex Sexton

22

El verdadero arrepentimiento

Mucho más que una simple disculpa

El verdadero arrepentimiento va mucho más allá de admitir la culpa y lamentarnos por nuestros pecados. Implica un remordimiento genuino y un deseo de reforma radical que conduzcan a un cambio de pensamiento y conducta.

Por Ken Loucks

Las Buenas Noticias

Marzo - Abril 2026
Volumen 31, Número 2
Circ.: 7372

Las Buenas Noticias (USPS 11910) es una publicación bimestral de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional, 555 Technecenter Dr., Milford, Ohio 45150-2755, EE.UU. ©2026 Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. Todos los derechos reservados. Impresa en los Estados Unidos. Se prohíbe la reproducción en cualquier forma sin una autorización escrita. El franqueo de las revistas está pagado en Milford, Ohio y en otras oficinas de correo. POSTMASTER: Favor de mandar cambios de dirección a *Las Buenas Noticias*, PO Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027.

Las Buenas Noticias (USPS 11910) is published bimonthly by the United Church of God, an International Association, 555 Technecenter Dr., Milford, Ohio 45150-2755, USA. ©2026 United Church of God, an International Association. Printed in USA. All rights reserved. Reproduction in any form without written permission is prohibited. Periodicals postage paid at Milford, Ohio 45150, and at additional mailing offices. Scriptural references are from the Reina-Valera version, 1960 revision, unless otherwise noted. POSTMASTER: Please send address changes to *Las Buenas Noticias*, PO Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960. Las citas bíblicas marcadas con NVI están tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional 1986, 1999, 2015 por Bíblica, Inc. Las citas bíblicas marcadas con RVC están tomadas de La Santa Biblia, Versión Reina-Valera Contemporánea ©2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas bíblicas marcadas con NTV están tomadas de La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente ©Tyndale House Foundation, 2010.

Las donaciones para ayudar a compartir *Las Buenas Noticias* y nuestras otras publicaciones gratuitas con otras personas son aceptadas con mucha gratitud y están exentas de impuestos en los Estados Unidos y Canadá. Quienes decidan apoyar voluntariamente esta obra serán bienvenidos como colaboradores en este esfuerzo por predicar el verdadero Evangelio a todas las naciones.

ESTA PUBLICACIÓN NO ES PARA LA VENTA

Las Buenas Noticias se envía gratuitamente a toda persona que la solicite. El precio de las suscripciones ha sido pagado por los miembros de la Iglesia de Dios Unida y otros colaboradores que voluntariamente contribuyen al respaldo de esta labor. La Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones y ministros en Estados Unidos y en muchos otros países. Para contactar a uno de nuestros ministros o para encontrar congregaciones u horarios de servicios religiosos, comuníquese con la oficina más cercana a usted o visite nuestro sitio de Internet: www.LasBN.org

Si desea obtener una suscripción gratuita, solo tiene que solicitarla a la dirección más cercana a su domicilio o descargarla de nuestro portal en Internet, www.LasBN.org

Editorial: Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional
Consejo de Ancianos: Scott Ashley, Jorge de Campos, Aaron Dean, Dan Dowd, Peter Eddington, Víctor Kubik, Len Martin, Darris McNeely, Tim Peabworth (director), Gary Petty, Rex Sexton, Paul Wasilkoff
Presidente de la Iglesia: John Elliott; Gerente de operaciones de medios: Scott Delamater
Director editorial: Tom Robinson Cuerpo editorial: Peter Eddington, Don Hooser, John LaBissoniere, Darris McNeely, Tom Robinson, Mario Seiglie, Becky Sweat, Robin Webber.
Director de arte: Mitchell Moss. Diseño gráfico: Matt Hernández
Edición en español: Debbie Orsak. Colaboradores especiales: Jaime Díaz, Jaime Salek, Catalina Seiglie

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: El Salvador 356, Centenario, Neuquén

Bolivia: Casilla de correo 34060, La Paz

Chile: Avenida Fernández Albano 786, La Cisterna, Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001, Bogotá D.C.

Estados Unidos: P.O. Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027

Teléfono: (001) (513) 576-9796 Fax (001) (513) 576-9795

Guatemala: Apartado Postal No. 42-F, Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado Postal 188-035, Lima

Correo electrónico: info@ucg.org



Jesucristo como vencedor, no víctima indefensa

En esta época del año reflexionamos sobre los acontecimientos que cambiaron el mundo hace casi 2000 años: el sufrimiento y la muerte de Jesús de Nazaret durante la Fiesta de la Pascua, seguidos de su resurrección y ascenso al cielo. Los líderes religiosos judíos, después de acusarlo de blasfemo, presionaron al Estado romano para que lo condenara como un criminal insurrecto, lo que le significó soportar golpizas, azotes y, por último, la crucifixión.

Solo días antes, las multitudes judías habían celebrado lo que a menudo se conoce como su entrada triunfal en Jerusalén, y lo habían aclamado como el descendiente de David que los salvaría: el Mesías o Cristo. Esperaban a un líder militar que derrocará a los ocupantes romanos y se sentara en el trono de David como rey conquistador, gobernando a todas las naciones; pero sus esperanzas se habían desvanecido. ¿Cómo podía ser el Mesías este hombre que había muerto tras una ignominiosa derrota y una humillación total a manos de los romanos?

Este hecho vergonzoso y atroz hizo muy difícil para muchos judíos aceptar a Jesús como el Mesías, incluso después de que se difundiera la noticia de su resurrección: la mayoría se negó a creer. Asimismo, para el mundo grecorromano, la idea de que un criminal crucificado de alguna manera fuera el Señor divino al que debían adorar y seguir resultaba absurda y escandalosa. Como declaró más tarde el apóstol Pablo, “pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Corintios 1:23).

Pero Dios a menudo actúa de manera muy distinta a lo que la gente espera: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios... Pues... agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1:18, 21).

Lo que a las personas les costaba comprender era que la crucifixión y muerte de Jesús no constituían en absoluto una derrota. Al contrario, Jesús les había dicho a sus discípulos respecto a entregar su vida en sacrificio: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10:18). Su misión era venir a sufrir y morir, y cumplirla como lo hizo fue una victoria total.

En efecto, él impulsó los acontecimientos para que sucedieran tal como ocurrieron. No fue una víctima pasiva, sino que procuraba que los eventos siguieran adelante. Hubo ocasiones en que Jesús pudo haber sido liberado, como cuando los falsos testigos no concordaban. Pero él se aseguró de *no* ser liberado, y pronunció las palabras que enfurecieron a los líderes para que lo ejecutaran. O se abstuvo de hablar cuando podría haber evitado la crucifixión, como cuando compareció ante Pilato.

Quienes mataron a Jesús no tenían el control. *Él* tenía el control, en cada paso del camino. Su vida no le fue

arrebatada: él la entregó. Y al hacerlo se convirtió en el vencedor, junto con su Padre, quien orquestó lo sucedido para cumplir su plan. Los escritores de los Evangelios relataron los detalles, pero no los inventaron, y dan testimonio de que Dios obraba magistralmente tras bastidores.

Los líderes judíos y el Estado romano no ganaron con la muerte de Cristo: el vencedor fue *él*. Satanás no ganó: quien venció fue Cristo. Satanás procuró tentarlo para que abandonara su misión, para que huyera y desamparara a la humanidad. ¡Pero Jesús no iba a fracasar! Tuvo éxito y le dijo a Satanás, por medio de Judas, que llevara a cabo rápidamente su traición. Había venido a la Tierra para morir en el día de la Pascua como el verdadero sacrificio del Cordero pascual, y eso fue exactamente lo que hizo. Soportó un sufrimiento terrible hasta el momento mismo de su muerte, sin ceder jamás al pecado. Y esa es verdaderamente la victoria suprema, el triunfo culminante.

Nuestro artículo de portada en esta edición, “El triunfo supremo”, recorre el camino de Jesús hacia su ejecución comparándolo con el más alto honor y glorificación que se celebraba en el Imperio romano: el triunfo romano, una procesión de victoria destinada a elevar al homenajeado a la gloria real y divina. Ciertas similitudes entre ambos muestran que Jesús es el verdadero y más grande vencedor, y que dejó en vergüenza a los megalómanos césares terrenales y a las fuerzas demoniacas que los impulsaban. Y en la victoria de Jesús está nuestra victoria. Tampoco nosotros somos víctimas indefensas de las circunstancias, si es *él* quien dirige nuestra vida.

Además, profundizamos en las fiestas bíblicas de primavera, la Pascua y los Días de Panes sin Levadura, que no son solo observancias judías, sino celebraciones cristianas de la obra redentora y liberadora de Jesucristo. El mundo cristiano tradicional ha suplantado estas fiestas con la tradición de la Pascua Florida, enraizada en la adoración pagana y la falsedad. Es importante que regresemos a lo que Dios enseña en su Palabra. En esta misma línea, se nos anima a eliminar el pecado y la hipocresía de nuestras vidas, adoptando en su lugar la sinceridad y la verdad según Dios.

También examinamos el actual debate en el mundo cristiano tradicional sobre el tema del fuego eterno del infierno, y analizamos lo que la Biblia realmente dice.

Sobre todo, damos una mirada a la obra de Dios a través de Jesucristo: en lo que ha hecho para asegurar nuestra redención, en lo que continúa haciendo al guiarnos para ser como él, y en lo que aún hará al transformarnos en gloria para ser parte de su magnífico gobierno venidero sobre el mundo. Jesús es el Señor poderoso que reina en victoria. ¡Acepte hoy mismo su reinado y su triunfo en su vida! **BN**

Tom Robinson, Editor en jefe



EL TRIUNFO SUPREMO

El terrible sufrimiento y la muerte de Jesucristo no fueron una pérdida ni una derrota para él ni para Dios Padre, ¡sino la victoria definitiva! Los autores bíblicos comparan esta experiencia con la ceremonia del triunfo imperial romano de aquella época, mostrando cuán frívolas son la pompa y la vanagloria del mundo.

Por Tom Robinson

A veces se piensa que el sufrimiento y la muerte de Jesucristo fueron una derrota que Dios luego revirtió con su resurrección, pero ese no es el caso: Jesús no fue derrotado en su muerte, ¡sino que triunfó! La resurrección continuó y magnificó su victoria, pero la angustia y la muerte de nuestro Salvador que la precedieron fueron componentes vitales de ella. Esta victoria se produjo exactamente como él y el Padre habían planeado: en el día exacto, Jesús resistiendo el pecado hasta el momento de morir y venciendo al diablo para poder ser el perfecto Cordero sacrificial de Dios que redimiría a la humanidad del

pecado y la muerte.

(Asegúrese de leer el editorial “Jesucristo como vencedor, no víctima indefensa”, en la página 3).

Además, vale la pena examinar más de cerca cómo la descripción del sufrimiento y la muerte de Jesús en los Evangelios muestra a los soldados romanos burlándose de Jesús en lo que hoy muchos interpretan como lo opuesto al mayor honor que se otorgaba a los altos generales y, durante el imperio, exclusivamente a los emperadores: el triunfo romano (“triunfo” aquí se refiere a una ceremonia procesional romana específica, y no a una gran victoria o la celebración de ella, según la acepción

genérica moderna).

De hecho, aunque los emperadores romanos declaraban su señorío y divinidad de diversas maneras, ninguna era más espectacular y llamativa que el triunfo imperial. Sin embargo, Dios iba a revertir las burlas de los soldados porque, como veremos, el Nuevo Testamento presenta el camino de Jesús hacia su crucifixión como un triunfo mucho más importante que la gloria imperial: ¡la exaltación suprema que avergonzó a los poderes terrenales y a las fuerzas demoniacas que los respaldaban!

El auge del triunfo imperial

El triunfo romano era un

multitudinario desfile triunfal en el que se exhibían los botines de la conquista, y constaba de pasos clave que honraban y reconocían la exaltación de la persona homenajeada a la gloria divina o la divinidad. Su origen se remontaba a ceremonias etruscas y griegas antiguas que invocaban la manifestación de Dionisio, el supuesto dios moribundo y resucitado que triunfaba sobre los hombres (un elemento corrupto de la antigua religión falsa que, por medio de la influencia demoníaca, falsificaba la muerte y resurrección profetizadas del verdadero Mesías).

En las ceremonias originales, el rey aparecía disfrazado de Dionisio e iba acompañado de un toro para el sacrificio, que representaba al dios en sus fases de muerte y resurrección. En otras culturas antiguas se celebraban ceremonias similares: en Grecia, Dionisio terminó siendo sustituido por Zeus en su papel de rey de los dioses, mientras que para los romanos se convirtió en Júpiter, su equivalente.

Durante la República romana, el honor triunfal se transfirió a los generales victoriosos. Pero con el comienzo del imperio bajo Augusto, el triunfo se convirtió en un privilegio exclusivo de los emperadores, considerados la encarnación divina de la victoria y el poder romanos. Los triunfos imperiales se conmemoraban a menudo con la construcción de arcos triunfales, y las procesiones pasaban cerca y a través de estos grandes monumentos, algunos de los cuales aún se conservan.

Los detalles del triunfo se han reconstruido a partir de diversos relatos históricos. No siempre eran los mismos, ya que los distintos vencedores (aquellos a quienes se honraba con el triunfo) procuraban enaltecerse a sí mismos y destacar sus logros de maneras únicas. Pero en general había muchos elementos comunes a todos, y encontramos paralelos notables con lo sucedido a Jesús. (Véase “Recursos seleccionados” en la página 8 para más detalles).

Veremos que el camino de Jesús hacia su crucifixión no fue

Evangelios en conflicto sobre el Rey divino

El libro bíblico de Marcos comienza con las palabras “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Marcos 1:1). Aquí, la palabra “evangelio” es una traducción del vocablo griego *euangelion*, que significa “buen mensaje” o “buena noticia”, término que surgió de la traducción griega del Antiguo Testamento, pero que también tenía un uso especial como anuncio político dentro de la cultura grecorromana predominante del Imperio romano.

Y en el contexto más amplio de esa cultura también encontramos que el Estado romano y su emperador eran proclamados divinos. Por ejemplo, la famosa inscripción del calendario de Priene, que data aproximadamente del año 9 a. C. y se encuentra en lo que hoy es el oeste de Turquía, registraba una recomendación de trasladar el año nuevo al cumpleaños de César Octavio, el primer emperador romano, a quien el Senado otorgó el título honorífico de “Augusto” (que significa “el venerado”). La inscripción afirmaba que “el cumpleaños del dios Augusto era el comienzo de la buena nueva [*euangelion*] para el mundo que llegó gracias a él”. El comienzo del Evangelio de Marcos parece ser una respuesta directa a esta narrativa. Jesús, y no Augusto, era el verdadero Hijo divino cuya vida y mensaje representaban buenas noticias para el mundo.

Octavio era sobrino e hijo adoptivo de Julio César, quien había sido proclamado gobernante vitalicio poco antes de su asesinato. Tras la muerte de Julio César, apareció un cometa que fue anunciado como una señal de que había sido recibido en la gloria divina como un dios, lo que más tarde el Senado romano reconoció declarando su deificación. Octavio, ya conocido como Augusto, acuñó monedas con la imagen de este cometa y la inscripción “Divino Julio”, presentándose a sí mismo como el venerado, el hijo del dios.

Dos años antes de morir, Julio César celebró cuatro triunfos consecutivos por sus importantes victorias militares que consolidaron su posición como dictador, ya que el triunfo se consideraba el camino hacia la gloria divina. Esta falsa exaltación del dominio humano estableció el patrón futuro de adoración al emperador, lo que provocaría un conflicto frontal con la fe de Jesucristo, quien nació para ser Rey, pero cuyo reino no era de este mundo (Juan 18:36-37). Como declararon varias profecías, su Reino acabaría por destruir y sustituir al Imperio romano, gobernando para siempre.



Un denario de plata de Augusto con una estrella o cometa del divino Julio (César), que muestra al mismo Augusto representado como hijo del dios.



Estatua de Augusto César en el Museo del Vaticano.

simplemente el de un criminal condenado y arrastrado a la ejecución, sino la procesión de un Rey divino hacia su trono de honor supremo antes de ser recibido en la gloria inmortal.

Paralelos entre los elementos triunfales y los pasos de Jesús hacia la crucifixión

Nos basaremos principalmente en el Evangelio de Marcos. Este, debido a su uso de algunos términos latinos y otras

evidencias contextuales, parece haber sido escrito principalmente para un público romano que supuestamente entendía los paralelos con el triunfo imperial. Pero encontramos estos elementos también en otros relatos evangélicos. Por ejemplo, Marcos 15:15 registra que Pilato entregó a Jesús para que fuera azotado y crucificado. A continuación, veamos los paralelos entre el triunfo imperial romano y lo que experimentó Jesús.

1 Un triunfo comenzaba en los cuarteles militares de Roma con la reunión de la guardia pretoriana, la gran fuerza de élite del emperador.

Marcos 15:16: “Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía”. Era bastante inusual reunir a tantas tropas imperiales para golpear y crucificar a un solo prisionero, aunque tal vez lo hicieron por temor a que se desataran disturbios en toda la ciudad.



2 Al homenajeadado se le vestía con una túnica púrpura y se le colocaba una corona de laurel en la cabeza.

Versículo 17: “Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas...”.

En Juan 19 (versículos 2 y 5) también se dice que la túnica era púrpura. Sin embargo, Mateo 27:28 dice que era escarlata. ¿Cuál de las dos era? Las prendas color púrpura eran muy caras y solo podían llevarlas los miembros de la nobleza romana. Por lo tanto, parece más probable que fuera una túnica escarlata, como las que llevaban los oficiales romanos. Algunos han sugerido que se trataba de un tejido mezclado de hilos azules y escarlata que parecía púrpura. Otros sospechan que, en este contexto militar, los soldados utilizaron una túnica escarlata gastada que ahora tenía un color apagado y sucio, más cercano al malva [púrpura pálido, entre violeta y rosado]. Fuera cual fuera el caso, referirse a ella como púrpura tenía como objetivo representarla como una túnica real y que simbolizaba un triunfo.

Con la túnica y la corona de espinas, los soldados pretendían burlarse de Jesús por su supuesta presunción de realeza. Junto con los demás pasos que se dieron, es posible que incluso pretendieran ridiculizarlo llevando a cabo una especie de antitriunfo. Aunque así no haya sido, en la práctica sí lo fue, pero al final los burlados resultaron ser los romanos y su sistema mundano.

3 Los soldados proclamaban como rey y señor al homenajeadado.

Marcos 15:18-19: “...comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias”.

La burla continuó con una falsa reverencia pero, irónicamente, ¡proclamaron lo que era realmente cierto acerca de Jesús! (Más información sobre esta forma de trato en el siguiente elemento).

Juan 19 muestra cómo el gobernador romano Poncio Pilato presentó a Jesús con las burlonas insignias reales y les dijo a los judíos que se habían reunido: “¡He aquí vuestro rey!” (v. 14). Sin embargo, la multitud presente solo reconocía a César como rey (versículo 15). Aun así, Pilato ordenó que el letrero que mostraba la acusación criminal contra Jesús lo identificara como el “REY DE LOS JUDÍOS” (vv. 17-22; Marcos 15:26).

4 El rostro del líder honrado era pintado de rojo, y los alguaciles romanos se alineaban ante él con sus uniformes rojos de guerra para la procesión.

La pintura del rostro imitaba la pintura de la estatua de Júpiter en el templo del Capitolio, que se pintaba de rojo en las fiestas romanas para simbolizar la conquista militar. Los “alguaciles” eran oficiales militares que acompañaban al magistrado portando varas que simbolizaban su función de impartir castigos corporales, y se encargaban de azotar a los prisioneros.

Aunque no se menciona específicamente en Marcos y los otros Evangelios, es obvio, por los impactos de varas que acabamos de mencionar y los azotes que sufrió Jesús, que los golpes y laceraciones lo dejaron terriblemente ensangrentado. La corona de espinas incrustada en su cabeza debe haber hecho que la sangre le corriera por toda la cara.

Además, es posible que los soldados que escupían sobre él también escupieran vino, ya que este formaba parte de sus raciones y vemos que se menciona unos versículos más adelante.

Isaías 52:14 había predicho siglos antes que el rostro y toda la apariencia de Jesús quedarían desfigurados, hasta el punto de no parecer humanos. Desde luego, Jesús no estaba fingiendo divinidad con su rostro pintado de rojo: estaba mostrando amor divino permitiendo que lo golpearan y desfiguraran, y derramando su propia sangre por los pecados del mundo.





Esta pintura, "El triunfo de Emilio Paulo", de Carle Vernet, 1789, se encuentra en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

5 La procesión, que era encabezada por los oficiales militares y mostraba el botín de la victoria, incluidos los prisioneros encadenados y condenados, comenzaba en la ciudad y se movilizaba a través de ella, a la vista del ejército y la población que se habían reunido para ver y recibir los regalos distribuidos por el líder.

Marcos 15:20: "Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle".

Jesús fue llevado en procesión por los oficiales militares y los soldados romanos a través de Jerusalén hasta el lugar de la crucifixión. Quitarle la túnica y devolverle sus ropas no formaba parte de la ceremonia del triunfo romano, pero encajaba con la burla y era necesario para el cumplimiento de la profecía de que las vestiduras de Cristo serían repartidas (versículo 24; Mateo 27:35; Juan 19:23-24).

Lucas 23:27 menciona a la muchedumbre de espectadores: "Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él".

El prisionero encadenado y condenado que desfilaba era el mismo Jesús. Sin embargo, como ya dijimos, no fue capturado, sino que se entregó voluntariamente. Además, esta era verdaderamente su marcha victoriosa como el Triunfador, y por tanto siguió avanzando a fin de completar la misión para la que había venido: ganar la guerra contra Satanás, el pecado y la muerte.

Su disposición a que lo despojaran de las ropas que llevaba simbolizaba la renuncia a todo. El Creador del mundo renunció a su gloria celestial para convertirse en hombre y sufrir una muerte horrenda (Filipenses 2:5-9), y lo hizo por todos nosotros: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

Jesús no arrojó monedas de plata ni baratijas como hacían los emperadores en sus marchas triunfales, pero lo que dio fue mucho más valioso: su propia vida y bienestar, y lo hizo para obsequiarles el perdón, la sanidad, la liberación del pecado y la muerte, y el poder para vivir a su servicio. Jesús, en su victoria duradera, acabaría llevándose consigo a los cautivos del diablo y concediéndoles las bendiciones de lo que significa vivir con el Hijo de Dios: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres". (Efesios 4:8).

6 En la procesión se destacaba un animal sacrificial identificado con la persona homenajead y un hombre que llevaba el instrumento para efectuar el sacrificio.

Como se mencionó anteriormente, en los orígenes de esta ceremonia la muerte del animal sacrificado representaba la muerte del dios que supuestamente resucitaba a una nueva vida en la persona del líder honrado. Los relieves tallados de los monumentos triunfales de esta época suelen mostrar un toro adornado con una guirnalda para identificarlo con el líder homenajead, y junto a él a un hombre que lleva un hacha para matar al toro.



Toro para sacrificio triunfal con portador de hacha — relieve romano, Museo de Antigüedades, Palacio Real, Estocolmo.

Marcos 15:21: "Y [los soldados romanos] obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz".

En su terrible estado de debilidad, Jesús tropezaba en la procesión, y este hombre, cuyos hijos posiblemente llegaron a ser miembros de la Iglesia y eran conocidos para la audiencia de Marcos, "casualmente" se encontraba allí para ser obligado a realizar este servicio especial. Ello permitió que el sacrificio de Cristo se llevara a cabo según lo previsto, y completó la imagen de un portador oficial del instrumento de muerte en lo que sería un desfile triunfal romano al revés. Y esto nos lleva al siguiente elemento.

7 Cuando la procesión llegaba a su destino, la colina Capitolina, los prisioneros eran cruelmente ejecutados y la persona homenajeada ascendía al Capitolio, “el lugar de la cabeza”.

Al llegar al punto central del desfile triunfal romano, los prisioneros enemigos de alto rango eran atormentados y asesinados frente a la multitud. El triunfador subía los escalones de la colina Capitolina, el lugar del sacrificio con vista al Foro Romano.

De esta famosa colina, dominada por el Capitolio (el templo del dios romano Júpiter), se deriva la palabra “capital”. El nombre de la colina deriva del latín *caput* o *capita*, que se refiere a la cabeza. Según algunos historiadores romanos, en los primeros trabajos de fundación del templo se descubrió una cabeza humana con los rasgos intactos, y ciertos adivinos proclamaron que este lugar donde se encontró la cabeza sería la cabeza de toda Italia.

Marcos 15:22: “Y le llevaron [a Jesús] a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera”. Mateo 27:33 y Juan 19:17 también ofrecen esta traducción. Aquí, la palabra *calavera* podría denotar la cabeza en general y no solo un cráneo vacío. Algunos piensan que el lugar de la crucifixión de Cristo estaba sobre un acantilado rocoso con características similares a las de un cráneo, mientras que otros creen que el nombre puede aludir al lugar en las afueras de Jerusalén, a la cual David llevó la cabeza de Goliath (1 Samuel 17:54).

En cualquier caso, no es normal que en los Evangelios se traduzcan los nombres de lugares, por lo que aquí parece haber un énfasis y un significado. Es posible que se estableciera una conexión entre el lugar del sacrificio de Cristo y el lugar del sacrificio y la ceremonia de exaltación del triunfo romano en su “Colina de la Cabeza”, ya fuera intencionalmente por parte de los escritores de los Evangelios o por parte de Dios, quien orquestó estos acontecimientos para demostrar el derrocamiento del poder mundano e inspiró los relatos.

Jesús llegó a este sitio de su crucifixión para dar su vida por los pecados del mundo, ocupando el lugar de los condenados.



El Arco de Tito en Roma, que muestra imágenes de su triunfo con el botín de Jerusalén y la procesión (a la derecha).

8 Justo antes de que se ejecutara el sacrificio, se le ofrecía vino a la persona homenajeada, quien lo derramaba.

El rechazo y derramamiento del vino en la ceremonia triunfal representaban el sacrificio del gobernante honrado al identificarse con el animal sacrificial que estaba a punto de derramar su sangre vital.

Marcos 15:23: “Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó”. Se dice que este brebaje era costoso y se les daba a los condenados supuestamente para aliviar el dolor. Es posible incluso que esto haya sido dispuesto por Pilato.

Jesús no lo aceptó, pues estaba decidido a experimentar la agonía de su calvario cargando sobre sí los sufrimientos del mundo, y eso avergonzó aún más al triunfo romano. La negativa de Cristo a tomar el vino fue un acto genuino y noble de verdadero sacrificio, en lugar del fingimiento del líder romano de sacrificarse a sí mismo en una ceremonia de autopromoción sin límites en la que realmente no renunciaba a nada.

Más tarde, en sus últimos momentos, después de horas de agonía y con la garganta seca, Jesús recibió una esponja empapada en vinagre para poder pronunciar sus últimas palabras, culminando así el cumplimiento del servicio de la Pascua de ese día (Juan 19:28-30).



Marco Aurelio derramando vino ante un sacrificio triunfal —relieve conservado en los Museos Capitolinos.

Recursos seleccionados (no respaldamos todo lo que se dice en ellos):

Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo del siglo I:

- Craig Evans, "Mark's Incipit and the Priene Calendar Inscription: From Jewish Gospel to Greco-Roman Gospel," ("El inicio de Marcos y la inscripción del calendario de Priene: del evangelio judío al evangelio grecorromano"), *Journal of Greco-Roman Christianity and Judaism*, 2000, pp. 67-81.
- Adam Winn, *Reading Mark's Christology Under Caesar: Jesus and the Roman Imperial Ideology* ("Lectura de la cristología de Marcos bajo el César: Jesús y la ideología imperial romana"), [IVP Academic] 2018 (véase también más abajo).

Sobre la naturaleza y el desarrollo del triunfo en la práctica griega y romana:

- H.S. Versnel, *Triumphus: An Inquiry Into the Origin, Development and Meaning of the Roman Triumph* ("Triumphus: una investigación sobre el origen, desarrollo y significado del triunfo romano"), [Brill] 1970.
- Mary Beard, *The Roman Triumph* ("El triunfo romano"), [Harvard University Press] 2007.

Sobre la crucifixión de Jesús en el contexto de un triunfo romano:

- Robert Gundry, *Mark: A Commentary on His Apology for the Cross* ("Marcos: Comentario sobre su apología de la cruz"), [Eerdmans] 1993.

- Thomas Schmidt, "Mark 15:16-32: The Crucifixion Narrative and the Roman Triumphal Procession" ("Marcos 15:16-32: La narrativa de la crucifixión y la procesión triunfal romana"), *New Testament Studies*, vol. 41, [Cambridge University Press] 1995, pp. 1-18.
- Thomas Schmidt, "Jesus' Triumphal March to the Crucifixion: The Sacred Way as Roman Procession" ("La marcha triunfal de Jesús hacia la crucifixión: la Vía Sacra como procesión romana"), *Bible Review*, Feb. 1997, pp. 30-37.
- Ray Vander Laan, "The Crucifixion: The Coronation of a King" ("La crucifixión: la coronación de un Rey"), FaithGateway.com, extracto de *That the World May Know*, vol. 14: "The Mission of Jesus: Triumph of God's Kingdom in a World of Chaos" ("La misión de Jesús: el triunfo del Reino de Dios en un mundo de caos"), 2016.
- Winn, 2018 (véase arriba).

9 Ejecución del sacrificio.

El animal sacrificial era inmolado, lo cual simbolizaba que el líder triunfante moría junto con el dios y resucitaría con él en gloria. También simbolizaba una acción de gracias por las victorias pasadas hasta ese momento, pero también por las victorias futuras y las bendiciones que supuestamente vendrían sobre Roma y su pueblo por medio del gobernante honrado.

Después de hacer referencia al reparto de las vestiduras de Cristo cuando fue crucificado (Marcos 15:24), el versículo siguiente señala: “Era la hora tercera [9 a. m.] cuando le crucificaron”. A medida que continúa el relato, nos enteramos de que Jesús sufrió hasta su misma muerte a la hora novena (3 p. m.), seis horas más tarde. Este prolongado sufrimiento formaba parte de su sacrificio.

El triunfo romano en sí era un acontecimiento que duraba todo el día, pero el sacrificio del toro se realizaba con bastante rapidez, al igual que los sacrificios de animales que Dios estableció en su verdadero sistema de adoración, el mismo que Cristo vino a cumplir.

Cabe destacar que el sufrimiento y la muerte de Jesús no fueron el cumplimiento del triunfo romano, sino que se contraponían a él, anulándolo contundentemente elemento por elemento.

El sacrificio verdadero fue Jesucristo. Damos gracias por la victoria sin igual que nuestro Señor obtuvo por medio de él, por las bendiciones futuras y la gloria venidera que hizo posible, y por todo lo que a él aún le queda por lograr.

10 El líder, normalmente flanqueado por dos funcionarios, ocupaba una posición visible y prominente en la colina.

Jesús había dicho anteriormente, refiriéndose a sí mismo, que sería “levantado”, aludiendo no a la gloria mundana, sino a su crucifixión (Juan 3:14; 12:32-33). Sin embargo, por medio de ella vendría gran honor y gloria.

Además, en la sociedad antigua, el hecho de estar apostado a la derecha y a la izquierda de una persona elevada indicaba posiciones de gran honor (véase Mateo 20:21, 23). Los historiadores romanos señalan que los emperadores solían estar flanqueados por dos altos funcionarios, llamados cónsules, que supervisaban los asuntos del Estado. Veamos más ejemplos de enaltecimiento en la ceremonia del triunfo.

En un desfile triunfal de Tiberio antes de ser emperador, se sentó junto a su padre adoptivo, Augusto, entre los dos cónsules. Más tarde, en un desfile triunfal del emperador Claudio, este subió los escalones del Capitolio de rodillas, mientras sus dos yernos lo sostenían por ambos lados. Posteriormente, Vespasiano celebró su triunfo junto a sus hijos Tito y Domiciano.

Marcos 15, después de mencionar la inscripción acusatoria “EL REY DE LOS JUDÍOS” (v. 26), afirma: “Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inícuos” (vv. 27-28).

Tal vez los soldados planificaron la disposición de las cruces para continuar con la burla o incluso para mofarse de la nación judía, mostrando así que Jesús, su supuesto rey, no había gobernado nada, y que sus representantes eran dos criminales moribundos e impotentes. Su pueblo, tristemente, se dedicó a burlarse de él y a insultarlo (Marcos 15:29-32).

11 El pueblo esperaba una señal de los dioses.

Los romanos eran muy supersticiosos. Los adivinos oficiales discernían la aprobación o desaprobación de los dioses mediante la observación de los fenómenos naturales, que interpretaban como señales o presagios.

Examinaban las vísceras de los sacrificios en busca de simetría o deformidades. Observaban cosas como relámpagos, truenos y el vuelo y canto de los pájaros. En menor medida, prestaban atención a cosas como la aparición de animales sagrados para determinados dioses, e incluso los derrames, estornudos y tropiezos. Por supuesto, ¡nunca hubo señales comparables a los asombrosos milagros que llevó a cabo Jesús!

Versículo 33: “Cuando vino la hora sexta [12 del mediodía], hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena [3 de la tarde]”, es decir, durante tres horas.

Luego, los momentos finales. Versículos 37-38: “Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”. Mateo 27:51-52 añade que la Tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron.

¡Estas fueron señales milagrosas y grandiosas del Dios verdadero!

12 En la culminación de la ceremonia triunfal, se declaraba divino al que estaba siendo honrado.

El paso final del triunfo era la declaración del gobernante como divino, es decir, un dios. Se unía así a los emperadores paganos del pasado antiguo, supuestamente como una manifestación del dios en la Tierra. Los emperadores romanos eran considerados encarnaciones divinas del Estado romano deificado y la gente les quemaba incienso como acto de adoración, algo que los cristianos no podían hacer.

Se suponía que, al morir, los emperadores ascendían a la divinidad plena. El techo del Arco de Tito en Roma muestra al emperador deificado siendo llevado al cielo por un águila gigante, lo que simboliza su apoteosis o conversión en dios.

Observe lo que exclamó un oficial militar romano al final del sufrimiento y la muerte de Jesús en el Gólgota después de presenciar todo lo que él pasó, su composición, su petición de que Dios perdonara a quienes lo

(continúa en la página siguiente)

12 mataron y las señales trascendentales que se produjeron.

Marcos 15:39: “Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”.

Esta es la declaración culminante del libro de Marcos. Él comienza su relato en el capítulo 1 presentando “el evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”. Y ahora, al final, este oficial militar declara que sí, ¡que Cristo *realmente era el Hijo de Dios*! Esta profunda deducción del centurión fue un resumen del antitriunfo descrito en los relatos de la muerte de Jesús.

Muy por encima de su anterior entrada triunfal en Jerusalén, este fue su verdadero triunfo: avanzar victorioso hacia la muerte y luego hacia la eternidad. Ninguno de los generales y emperadores que proclamaban sus grandes triunfos fue recibido en la gloria inmortal, pero Jesucristo sí. Él resucitó, realmente ascendió a lo alto y hoy mora con el Padre en el cielo, desde donde un día regresará para gobernar sobre todas las naciones.

Vencer para cambiar el orden mundial

Sin embargo, reiteramos, es importante reconocer que la muerte de Jesús fue en sí misma una gran victoria. Jesús no vino a llevar una vida de autopreservación, sino que vino a morir. Esa era su misión (una vez más, le sugerimos leer el editorial de la página 3).

Jesús se sacrificó “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14-15).

En su sufrimiento y muerte, Jesús se burló completamente del enemigo. Los soldados romanos se mofaron de él con una falsa coronación, ropajes supuestamente reales y fingiendo que lo adoraban mientras lo golpeaban y atormentaban. Pero sin duda no fueron solo ellos: estaban siendo incitados por fuerzas espirituales malignas, espíritus demoniacos del diablo. La Biblia nos dice que ellos son los poderes detrás de los gobiernos mundanos y las religiones falsas.

Al final, sin embargo, todo se dio vuelta: Satanás y sus demonios, los

verdaderos poderes detrás del Estado romano y su triunfo pagano, fueron vencidos y ridiculizados. El apóstol Pablo se refiere a esto después de explicar que, con su muerte, Jesús clavó nuestro historial de culpa en su cruz: “... y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, *triunfando* sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15, énfasis nuestro en todo este artículo). Aquí tenemos una prueba fehaciente del triunfo inverso ideado por Dios.

Se debe considerar que lo mismo ocurrió cuando Dios instituyó la Pascua para los israelitas en el antiguo Egipto. En aquel entonces, las plagas y acciones de Dios para liberar a su pueblo trastornaron la religión egipcia y mostraron la impotencia de sus dioses inspirados por demonios. Como

él había declarado: “... ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto” (Éxodo 12:12; compárese con Números 33:4). Al enterarse de lo sucedido, el suegro de Moisés, Jetro, comentó: “Ahora conozco que el Eterno es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos” (Éxodo 18:11).

Y más tarde, cuando Cristo vino en *cumplimiento* de la Pascua, ocurrió lo mismo. Dios, por medio de su Hijo, dio un vuelco al culto romano inspirado por los demonios y se burló de su triunfo pagano y vanidoso mediante el triunfo sublime de Jesús, que permaneció fiel y murió tal y como estaba previsto.

Somos llevados triunfalmente en el desfile victorioso de Cristo

Él liberó a los que estaban atados bajo el diablo llevando cautiva la cautividad, como vimos en Efesios 4:8. Y nosotros somos parte de su procesión

triumfal, pues hemos sido conquistados por él: nuestro ser anterior ha muerto, pero seguimos libres y vivos en él. Como escribe Pablo en 2 Corintios 2:14: “Así que, ¡gracias a Dios!, quien nos ha hecho sus cautivos y siempre nos lleva *en triunfo* en el desfile victorioso de Cristo. Ahora nos usa para difundir el conocimiento de Cristo por todas partes como un fragante perfume [esto se refiere a las costosas nubes de incienso y perfumes en las procesiones triunfales romanas]” (NTV).

Es importante observar que Cristo nos guía en su victoria, para que seamos sus representantes y vivamos nosotros mismos en triunfo.

Jesús no logró este triunfo acumulando poder y majestad para sí mismo, sino dando su vida en amor y sacrificio por los demás. Y él nos guía de la misma manera, dirigiéndonos no a la autopromoción, sino a entregar nuestras vidas al servicio de él y de los demás como el camino hacia la verdadera victoria y gloria.

El triunfo definitivo de Jesús es la base de nuestra propia paz y éxito. Como él dijo: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Su victoria infunde poder a nuestra *victoria*. Juan escribió: “Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido [a los espíritus malignos y a los falsos maestros]; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Y así podemos decir con Pablo: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

La victoria es segura y Jesús ha triunfado: en la muerte, en la resurrección, al liberarnos, al vivir en nosotros y al volver para reinar y enseguida desterrar a Satanás, acabar con la tiranía y salvar al mundo en general. ¡Qué triunfo tan impresionante es todo esto! ¡Vivamos en el verdadero Evangelio de Jesucristo, y sigámoslo triunfalmente hacia la gloria sin fin! **BN**

PARA APRENDER MÁS



Para comprender mejor quién fue Jesús, el estilo de vida que ejemplificó y enseñó, el asombroso sacrificio que hizo y el poder de su vida y victoria permanentes, asegúrese de solicitar o descargar nuestra guía de estudio gratuita *La verdadera historia de Jesucristo*. **Escanee este código o visite LasBN.org/folleto para obtenerla.**





La alternativa bíblica a la Pascua Florida

¿Está usted permitiendo que las tradiciones religiosas le impidan tener una verdadera y auténtica relación con Dios y Jesucristo? Hay una respuesta a este problema, y se encuentra en las fiestas bíblicas observadas y enseñadas por Jesús mismo.

Por Gary Petty

Cuenta la historia que cierto zar ruso se paseaba por los terrenos del palacio y vio a un guardia vigilando un pedazo de suelo estéril y abandonado. Se le acercó y le preguntó qué hacía solo en ese lugar, a lo cual el guardia respondió que estaba cumpliendo órdenes.

El zar llamó al capitán de la guardia, quien le dijo que siempre se había ordenado poner un guardia allí, pero nadie sabía por qué. Al buscar en los archivos se descubrió que en la época de Catalina la Grande había crecido un hermoso rosal en esa parte de los terrenos del palacio, y un guardia evitaba que la gente cogiera las rosas.

El problema era que Catalina la Grande, y también su hermoso rosal, habían desaparecido hacía muchas décadas. Año tras año, un guardia vigilaba ese abandonado lugar y nadie sabía por qué: se había convertido en una tradición.

Las tradiciones pueden ser buenas, o pueden ser malas. ¿Sigue usted alguna tradición religiosa que pudiera estar alejándolo de lo que Dios realmente quiere para su vida?

Las tradiciones pueden interponerse en el camino del cristianismo auténtico

Como el guardia en la historia del zar y el rosal, ¿podría usted estar observando fielmente tradiciones religiosas que no tienen un significado espiritual legítimo?

Las tradiciones pueden ser muy importantes en la vida. Hay tradiciones familiares de mucho valor, tradiciones sociales y tradiciones religiosas. Todas ellas pueden crear un sentido de pertenencia y unidad en las personas, recordándoles lo que verdaderamente importa en medio de los afanes de la vida cotidiana.

Pero también pueden mantenernos atados a una forma errónea de pensar, que se conforma con saber “que las cosas se hacen de cierta manera porque siempre se han hecho así”, como en el caso del guardia y el rosal.

Algunos líderes religiosos se acercaron a Jesús y le preguntaron: “¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan” (Mateo 15:2).

Esa tradición de los ancianos judíos no tenía nada que ver con la higiene. Era una ceremonia religiosa relacionada con la purificación ritual, diseñada para ayudar a la gente a recordar su necesidad de ser buenos y puros ante Dios.

¿Cómo cree usted que Jesús respondió esa pregunta?

Él les dijo: “¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios *por vuestra tradición*?” (Mateo 15:3, énfasis nuestro en todo este artículo).

Reflexione en lo que dijo Jesús: que es posible que las tradiciones religiosas, por buenas que parezcan, lleven a la gente a desobedecer a Dios. Por eso es importante que cada persona examine sus tradiciones religiosas: ¿para ver si están de acuerdo con lo que enseña la Biblia!

Jesús fue muy claro al condenar el enfoque de los líderes religiosos: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:7-9).

La clara enseñanza de Jesús es que es posible que una tradición religiosa, incluso una que parezca honrar a Dios, en realidad pueda alejarnos de él.

¿Y qué hay de la tradición de la Pascua Florida?

Profundicemos un poco más y comparemos esta tradicional festividad religiosa con una fiesta bíblica. La primera es una tradición que la mayoría de la gente observa sin pensar mucho, como el caso del guardia en la historia de Rusia. La segunda era observada por los primeros cristianos, como se encuentra en las páginas de la Biblia.

¿Alguna vez se ha cuestionado la tradición de la Pascua Florida? (que también se conoce como Domingo de Pascua, Domingo de Resurrección, o Domingo de Gloria).

La verdad sobre la muerte de Jesucristo y su resurrección tres días y tres noches más tarde es fundamental para el cristianismo. Sin estos acontecimientos, no hay cristianismo.

Jesús reveló la señal verdadera de que él era el Mesías: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:40).

La tradición de la Pascua Florida se basa en la señal profética de que Cristo estaría en la tumba tres días y tres noches, muriendo el Viernes Santo y resucitando el domingo por la mañana, ¿no es así?

Pero esta es la verdad: ¡la tradición del Viernes Santo y Domingo de Resurrección no coincide con la señal genuina dada por Jesús de que él era el Mesías profetizado!

Por más que se intente, sencillamente no hay forma de encajar tres días y tres noches desde el entierro en el Viernes Santo hasta la resurrección el domingo por la mañana. Lo más que puede caber en ese lapso es un día completo y quizá pequeñas partes de otros dos, y solo dos noches. Usted mismo puede sacar las cuentas — el periodo de tiempo simplemente no cuadra.

Existe una clara solución bíblica

que se ajusta perfectamente a las palabras de Jesús, pero de ninguna manera encaja en la tradición del Viernes Santo y el Domingo de Resurrección. Sin embargo, ese es un tema que por espacio no podemos cubrir aquí (para obtener más información, descargue o solicite nuestro folleto gratuito *La verdadera historia de Jesucristo*).

Los Evangelios describen en detalle la muerte y resurrección de Jesús; el resto del Nuevo Testamento narra la historia de sus seguidores por los siguientes sesenta años; y las cartas de los apóstoles muestran el panorama de las iglesias que se establecieron en Judea, Asia Menor, Grecia y Roma.

No existe ningún registro bíblico de congregaciones que hayan celebrado la tradición de la Pascua Florida. Entre los



primeros cristianos no había ninguna celebración con la cual se intentara encajar la señal de Jesús (de que permanecería tres días y tres noches en la tumba) en un lapso imposible entre el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección.

La observancia cristiana de la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura

Ahora bien, sí sabemos de una festividad observada por los primeros cristianos que conmemoraba la muerte y resurrección de Jesucristo para guiar sus vidas. Era un ciclo festivo (de hecho, dos festividades seguidas) que establecía una profunda conexión entre las observancias antes ordenadas y el Mesías. Y, lo más importante, estas observancias eran bíblicas, no meras

tradiciones humanas.

Uno de los lugares en que se habla de este ciclo festivo se encuentra en la primera carta de Pablo a los corintios.

Sabemos que los hermanos corintios eran en su mayoría griegos que se habían convertido al cristianismo. Por ejemplo, Pablo les dice que dejen de involucrarse en prácticas paganas tradicionales que los cristianos judíos no habrían observado.

Una vez más, Pablo instruye a esta congregación no judía para que observe el ciclo festivo de primavera, y no se trata de la Pascua Florida (1 Corintios 5:6). Para poner en contexto las palabras de Pablo, comencemos con el versículo 6: “Hacen mal en jactarse. ¿No se dan cuenta de que un poco de levadura fermenta toda la masa?” (NVI).

Esta afirmación puede sonar un poco extraña para nosotros, pero en un mundo donde hacer pan era una actividad común, tenía mucho sentido.

Una persona preparaba una masa de pan para hornearla; al agregarle levadura como agente de fermentación, la masa se inflaba, quedando blanda y esponjosa. Una pequeña cantidad de levadura era suficiente para impregnar toda la masa hasta hacerla por completo.

Aquí Pablo usó la levadura en el pan como analogía, para mostrar que el orgullo y la jactancia nos llenan de vanidad e hipocresía.

Leamos ahora lo que escribió en 1 Corintios 5:7: “Desháganse de la vieja levadura para que sean masa nueva, panes sin levadura, como lo son en realidad. Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado” (NVI). Pablo esperaba que los conversos no judíos conocieran suficiente acerca de las Escrituras hebreas, las que llamamos Antiguo Testamento. Su explicación acerca de Jesús como el Cordero pascual hubiera tenido poco significado si ignoraban los hechos referentes a la salida de Egipto del antiguo Israel.

Por tanto, Pablo explica: “Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8).



La Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura son días santos para los cristianos de hoy

Pablo esperaba que estos cristianos gentiles (no judíos) observaran estas fiestas, no la tradición del Domingo de Pascua.

Al hablar de agentes leudantes, panes sin levadura y el sacrificio de Jesús como el Cordero pascual, Pablo se refería claramente a las celebraciones bíblicas de la Pascua y del Festival o Fiesta de los Panes sin Levadura, ordenados por Dios al antiguo Israel y observados por Jesús. ¡Estas celebraciones que Pablo menciona aquí son las fiestas correctas, con base bíblica, y las que Dios quiere que los cristianos guarden!

Pablo exhorta a los gentiles de Corinto a tomar parte en las fiestas religiosas santas basadas en la instrucción bíblica, no en la imaginación y las tradiciones humanas. Esto no significa que los primeros cristianos observaran estas fiestas de la misma manera que los judíos. Como muestran las palabras de Pablo, tanto la Pascua como el festival cristiano de los Panes sin Levadura tenían ahora un nuevo significado espiritual, con Jesucristo como nuestro Salvador.

La explicación de Pablo acerca de Jesús como el Cordero pascual enviado por Dios para redimir a la gente de la muerte era incomprensible para muchos judíos del primer siglo, tal como lo es hoy. Pero para los cristianos, la Pascua debe representar una profunda comprensión espiritual de Dios, que trasciende incluso los maravillosos y milagrosos acontecimientos del éxodo.

Sinceridad y verdad

La Fiesta de los Panes sin Levadura comprende sacar de nuestras casas la levadura y los alimentos que contengan

agentes leudantes, y comer pan sin levadura durante siete días (Éxodo 12:15-20; Levítico 23:6). Al respecto, 1 Corintios explica el simbolismo de esto en relación con nuestra vida espiritual.

Pablo sabía que, físicamente, una pequeña cantidad de levadura impregna toda la masa. Él se refiere a la levadura espiritual de “malicia y de maldad”. La malicia se refiere a las actitudes, emociones y pensamientos malos encubiertos, mientras que la maldad involucra acciones, y ambas son pecados.

Usted no podrá ser un verdadero seguidor de Jesucristo hasta no entender qué significan malicia y maldad, hasta no arrepentirse de la influencia de la levadura espiritual y hasta que no permita que Dios reemplace el pecado en su vida por un proceder “sin levadura”, de “sinceridad y verdad” (1 Corintios 5:8).

La forma en que Pablo usó los símbolos de la Fiesta de los Panes sin Levadura para enseñar la obra de Dios entre sus seguidores es profunda, y así lo expresa en el contexto al decirles: “Por tanto, guardemos la fiesta...”.

El pecado lo aparta de Dios (Isaías 59:2) y afecta todas las áreas de su vida, tal como la levadura actúa sobre cada partícula de masa que se expande gracias a las burbujas de gas.

Seamos honestos: cuando usted se niega a enfrentar la realidad y las consecuencias del pecado, sin duda cree que Dios no se preocupa mucho por lo que hace, o cree que él no tiene derecho a decirle qué hacer.

Sé que esto puede sonar duro, pero para que Dios cambie su vida, usted primero debe entender la obra oculta de la levadura espiritual.

Dios quiere hacer un milagro en su vida. Cuando se agrega levadura a una masa, no es posible detener el proceso;

no se puede quitar la levadura del pan. Pablo usa la levadura como símbolo de los pensamientos y comportamientos pecaminosos que afectan nuestras vidas. Dios quiere que su vida esté llena de sinceridad y verdad, algo más que la simple observancia de creencias y tradiciones humanas. Él quiere eliminar la levadura espiritual de su vida y darle una nueva, sin levadura.

Reemplace la tradición de la Pascua Florida por la verdad bíblica

La Pascua Florida puede parecer una tradición especial, una época de cestas llenas de dulces y huevos de colores, tiempo para amigos y familiares o para asistir a un servicio religioso especial.

Pero hay que entender que esta tradición no es bíblica, que en realidad proviene del paganismo antiguo, del culto a la diosa de la fertilidad Ishtar (Astarté en la Biblia). Esta es la razón por la cual los símbolos más populares de la Pascua de Resurrección son los huevos y los conejos; ¡porque son antiguos símbolos de la fertilidad!

La Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura, por otra parte, son observancias bíblicas ordenadas por Dios, guardadas por Jesús, enseñadas a los gentiles en la Iglesia primitiva e imbuidas del Evangelio cristiano de salvación por medio de Jesucristo.

La alternativa bíblica a la Pascua Florida es el ciclo festivo bíblico, el cual debemos observar.

La Pascua cristiana y la Fiesta de los Panes sin Levadura están llenas de símbolos con mucho significado sobre la muerte de Cristo, su resurrección y obra actual para eliminar la levadura espiritual, y para purificar y sanar espiritualmente a aquellos que se vuelvan a Dios. Es más que una tradición humana. ¡Es la revelación de Dios para la humanidad! **BN**



Deje de fingir

Elimine la hipocresía

Fingir una actitud puede hacernos quedar bien con otras personas por algún tiempo. Pero, en un contexto global, estamos ante el Dios que odia las mentiras, y él quiere que vivamos con toda sinceridad.

Por Don Hooser

Mientras crecía en un hogar cristiano, me enteraba de los escándalos protagonizados por famosos líderes religiosos que quedaban al descubierto por pecados terribles, a veces, ¡los mismos que estos predicadores habían condenado públicamente! Es innegable que estos ejemplos de abierta hipocresía causan un gran daño, pues impactan nocivamente a la gente respecto a la religión que esas personas profesan.

Las noticias sobre esa hipocresía tan descarada me causaban sorpresa, disgusto y repulsión. Pensaba: “¡Lo último que quisiera es ser un hipócrita!”. Pero, mirando hacia atrás, me avergüenza que, de adolescente, no reconociera mi propia hipocresía haciendo cosas que sabía eran inapropiadas para un cristiano. Poco después, en la universidad, tuve un despertar durante una discusión con mi mejor amigo. Él decía que no creía en Dios, y yo, indignado, intentaba convencerlo de que eso era incorrecto y necio. Ante esto, él señaló: “Don, no parece haber ninguna diferencia. Tú y yo vivimos nuestras vidas haciendo las mismas cosas”.

Su comentario fue un duro golpe. ¡Me di cuenta de que vivía como un hipócrita!, y eso me impactó profundamente. Más tarde comprendí que esa fue la forma en que Dios

intervino en mi vida para guiarme a ser un seguidor sincero y devoto de Jesucristo (véase Juan 6:44, 65). Poco después de ese incidente, decidí esforzarme sinceramente por vivir el resto de mi vida como un verdadero cristiano. Indudablemente, aquel fue un punto de inflexión.

De hecho, todos tenemos que examinarnos continuamente para asegurarnos de que la hipocresía no se inmiscuya en nuestras vidas de alguna manera. Tenemos que comprender esta tendencia de nuestra naturaleza humana corrupta, reconocer por qué es mala y seguir resistiéndola para eliminarla de nosotros.

Una máscara de engaño condenada en las Escrituras

La hipocresía consiste en que una persona proyecta cierta moralidad o código de conducta, mientras que en realidad la ignora o pisotea. La palabra en sí proviene de la terminología griega utilizada en el Nuevo Testamento: “hipocresía” se refería originalmente a actuar en una obra de teatro, e “hipócrita” era el actor que interpretaba un papel. El significado original era, literalmente, actuar encubiertamente, es decir, detrás de la cobertura de una máscara, de las que se usaban en el teatro griego. Cuando

se utilizó por primera vez no significaba algo malo, pero con el tiempo se convirtió en una metáfora de aparentar lo que uno no es, en un sentido negativo, refiriéndose a la simulación y al engaño.

Vemos conceptos similares en el hecho de mostrar una cara o apariencia falsa, es decir, ser hipócrita y crear una fachada para los demás que oculta el verdadero carácter y los motivos personales. Esto también se denomina duplicidad, doble discurso, o tener una agenda oculta. Lo vemos además cuando alguien aplica un doble estándar para juzgar a las personas, a menudo eximiéndose de culpa y también a sus allegados.

La hipocresía es pecaminosa, ya que es una forma de mentir, de ser deshonesto y engañar con palabras y acciones. La ley de Dios prohíbe dar falso testimonio, así como actuar con falsedad y mentir a los demás (Éxodo 20:16; Levítico 19:11). De hecho, ¡Dios odia la mentira! Proverbios 6:16-19 dice que entre las siete cosas que Dios odia se encuentran “la lengua mentirosa” y “el testigo falso que respira mentiras” (NTV).

Las personas mienten con sus palabras y sus acciones. Y cuando las palabras y las acciones no coinciden, el resultado es insinceridad e hipocresía. A menudo las personas “hablan mucho”, pero “no actúan en consecuencia”. Proclaman una cosa, pero “no practican lo que predicán”. Una persona puede actuar como si fuera amiga de otra, mientras planea “apuñalarla por la espalda”. Hubo personas que le dijeron palabras halagadoras a Jesús mientras tramaban matarlo.

La hipocresía a veces es irónicamente cómica, como cuando Jesús se refirió a una persona que hacía notar la astilla en el ojo de otra, mientras tenía una viga en el propio, o a los falsos maestros como “guías ciegos” que llevaban a otros al abismo (Mateo 7:3-5; 15:14). Sin embargo, como pecado, la hipocresía es un asunto muy grave. De hecho, durante el ministerio de Jesucristo, su mayor muestra de ira estuvo dirigida a la hipocresía religiosa que afectaba grandemente a la sociedad de aquella época.

Él condenó las obras de caridad, las oraciones y los ayunos que se hacían para aparentar (Mateo 6:1-8, 16-18), y reprendió a los líderes religiosos en Mateo 23. Lea ese capítulo para entender bien las muchas formas y efectos de la hipocresía que prevalecían entonces, en particular el hecho de que estos líderes imponían innumerables reglas y tradiciones al pueblo, mientras ellos mismos se eximían de cumplirlas, a menos que fuera para ser vistos y admirados como justos.

Eran meticulosos con procedimientos menores que requerían mucho tiempo, mientras descuidaban “la justicia, la misericordia y la fe” (vv. 23-24). Estaban obsesionados con su apariencia y se esforzaban por parecer santos, pero Jesús los comparó con “sepulcros blanqueados”, que por fuera parecían buenos, pero por dentro estaban llenos de inmundicia y podredumbre (versículo 27). Jesús resumió la condición de estos líderes y de la nación en general en Marcos 7:6: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí”.

La Biblia nos advierte que nunca debemos añadir ni quitar nada a la revelación de Dios a la humanidad (Deuteronomio 4:2; 12:32; Apocalipsis 22:18-19). No es de extrañarse, entonces, que Jesús se enfureciera por la forma en que los dominantes líderes religiosos —especialmente los hipócritas fariseos y saduceos— habían violado ese principio de innumerables maneras, incluso *sustituyendo* los mandamientos de Dios *por sus tradiciones* (véase Marcos 7:9). Se valían de sus puestos de autoridad para fomentar su religión legalista y falsa, mientras se exaltaban a sí mismos con santurronería. Eso confundía y desanimaba al pueblo, ya que tal actitud daba una mala impresión general de la verdadera religión de Dios.

Debido a que los fariseos eran los culpables de hipocresía más notorios en el legalismo generalizado, el idioma español ha adoptado el sustantivo “*fariseísmo*” y el adjetivo “*farisaico*” para describir la hipocresía religiosa.

Un problema con el que todos debemos lidiar

Sin embargo, la hipocresía no es solo un problema de los falsos maestros religiosos o de las personas “malas”. Debido al orgullo y el egoísmo de la naturaleza humana, *todos*, a veces, nos vemos tentados a ser hipócritas. En una ocasión, ¡incluso el apóstol Pedro actuó de forma hipócrita, influyendo en Bernabé y en otros judíos presentes para que siguieran su ejemplo! El apóstol Pablo tuvo que reprenderlos abiertamente! (Véase Gálatas 2:11-14).

Todos debemos enfocarnos en agradar a Dios y no en impresionar a las personas. Jesús elogió una actitud carente de engaño y falsedad (Juan 1:47).

Muchas personas ponen deliberadamente una cara falsa ante los demás, sea o no que estén pensando en la palabra “hipócrita”. Pueden hacerlo para quedar bien, ganarse favores, ganar más dinero, engañar, robar, cometer un delito, seducir a alguien, escapar de un castigo, etc. Quizá ni siquiera tengan una mala intención manifiesta. Tal vez sea solo para causar una buena impresión o mantener una buena reputación, o para evitar la vergüenza u otras consecuencias, lo cual puede parecer muy fácil y natural.

Esto ilustra la verdad de Jeremías 17:9: “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas*, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Reina-Valera 1995, énfasis nuestro en todo este artículo). Debido a que nuestros corazones son tan engañosos, ¡es difícil comprendernos a nosotros mismos! Tendemos a ser miopes y ciegos ante nuestras faltas y pecados personales.

Hay un dicho famoso que dice: “¡Ah, si nos fuera dado el poder de vernos como nos ven los demás!” Sin embargo, más importante aún es el don de vernos a nosotros mismos como *Dios* nos ve. Jeremías 10:23 dice: “Conozco, oh Eterno, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos”. Proverbios 16:25 dice: “Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte”.

Dado que las personas tienden a ser espiritualmente ciegas, debemos pedirle regularmente a Dios que nos

muestre un espejo espiritual para que podamos vernos verdaderamente a nosotros mismos. En Salmos 139:23-24 leemos: “Exáminame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”.

Cuando nos damos cuenta de que hemos sido hipócritas, debemos sentirnos culpables y avergonzados. De lo contrario, es una señal de peligro de que nuestra conciencia no funciona bien. Pablo lo expresó como “la hipocresía de mentirosos que [tienen] cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:2).

Las personas pueden sentirse justificadas porque tienen una idea falsa de la justicia de Dios. Su idea se ilustra con la imagen de “la dama de la justicia”, que tiene los ojos vendados y sostiene una balanza. Razonan que, si sus buenas obras superan a sus malas acciones, Dios debe estar complacido con ellos. Por ejemplo, una persona puede mentir y engañar a los demás, pero como sirve en su iglesia y hace generosas donaciones, cree que es “un buen cristiano”. ¡Hacer el bien no cubre el mal!

¡Tengamos en cuenta que no podemos engañar a Dios! Él conoce cada una de nuestras acciones, palabras, e incluso nuestros pensamientos.

Tomar el nombre de Dios en vano

El tercero de los Diez Mandamientos, no tomar el nombre de Dios en vano, no se entiende del todo: no prohíbe únicamente pronunciar el nombre de Dios de forma irrespetuosa, sino que su verdadero sentido es que no “llevemos” el nombre de Dios ni nos identifiquemos como personas que lo siguen mientras hacemos o defendemos lo que él detesta. En otras palabras, debemos



La mayor expresión de ira de Jesús fue dirigida a la hipocresía religiosa de su tiempo. Él censuró los actos de caridad y las oraciones y ayunos hechos para aparentar.

tener mucho cuidado de no manchar el nombre y la identidad de Dios con nuestras palabras y acciones.

Por ejemplo, hacer algo malo mientras se ostenta la reputación de “cristiano” obviamente da a la gente una mala impresión del cristianismo. Un triste ejemplo de esto es la escandalosa conducta de algunos evangelistas “cristianos”.

¿No es obvio que tal hipocresía por parte de los supuestos “hijos de Dios” deshonra a Dios y sus enseñanzas? Por eso es tan importante el tercer mandamiento. ¡La hipocresía de identificarse con Dios mientras se hace el mal es un gran pecado! Causa un daño espiritual mucho mayor que si la acción pecaminosa la comete alguien que no tiene ninguna relación con Dios.

En Romanos 2, Pablo advirtió al pueblo judío, que supuestamente representaba a Dios, que no diera mal ejemplo: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? ... Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blas-

femado entre los gentiles [otras naciones] por causa de vosotros” (vv. 21-24). Dios quiere una obediencia sincera que salga del corazón, “la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (v. 29).

La levadura de la hipocresía

Como dijimos, los fariseos y otros líderes religiosos de la época de Jesús eran extremadamente hipócritas. Amaban su poder religioso y político, sus puestos, preeminencia y privilegios. Se gloriaban en sus títulos y en su dominio sobre el pueblo. Temían y odiaban a Jesús porque veían cómo su influencia exponía cada vez más su hipocresía y falta de legiti-

midad.

En la época del ministerio de Jesús, este fariseísmo hipócrita y maligno había infectado y contaminado profundamente a gran parte de la población de entonces. Sin embargo, ¡Jesucristo vino a la Tierra para comenzar a enderezar la situación!

Jesús advirtió a sus propios discípulos: “Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (Mateo 16:6). Aunque al principio se confundieron, pronto se dieron cuenta de que se refería a *la doctrina o las enseñanzas* de estos grupos (versículo 12). Además, afirmó que “la levadura de los fariseos ... es *la hipocresía*” (Lucas 12:1).

¿Qué es la “levadura”? Es una sustancia que se añade a la masa del pan para que suba durante el horneado, es decir, para que se expanda y se vuelva más blanda. En aquella época, el agente leudante era la levadura, que desprende burbujas al fermentar en la masa del pan; se añadía un trozo de masa fermentada de un horneado anterior.

Una característica importante de la fermentación con levadura es que se *extiende rápidamente* por toda la masa tibia. No se permitía la levadura en las ofrendas de grano quemadas en

el altar de Dios ni en la fiesta bíblica de los Panes sin Levadura que seguía a la Pascua (Levítico 2:11; Éxodo 12:15-19), ya que la fermentación que se producía en esos contextos simbolizaba la corrupción y el pecado. Esta es una buena representación de la naturaleza altamente contagiosa de la hipocresía y las falsas enseñanzas y conductas. Tales influencias y sus efectos se propagaban fácilmente e infectaban a otros.

Podemos ver, entonces, por qué Jesús comparó las enseñanzas y acciones hipócritas de los fariseos y otras sectas religiosas con la levadura. Muchas de sus enseñanzas eran solo “palabras vacías” que no se basaban en la trascendental verdad de la revelación de Dios en las Escrituras, al igual que un pan no tiene tanta masa como parece tener.

En el contexto de la Fiesta de los Panes sin Levadura, Pablo condenó a los creyentes cristianos que estaban “envanecidos” de orgullo, tal como el pan que se infla (1 Corintios 4:18-19; 5:2, 6-8). En Gálatas 5, Pablo advierte sobre las falsas enseñanzas que circulaban y las compara con la levadura, señalando que “un poco de levadura leuda toda la masa” (v. 9). Lo mismo dice en 1 Corintios 5:6 sobre la tolerancia de pecados flagrantes en la Iglesia. Todos estos pasajes de las Escrituras son advertencias importantes para el pueblo de Dios en la actualidad.

Fuera lo malo, bienvenido lo bueno

La Biblia revela el hermoso plan de Dios para transformar a los seres humanos de pecadores e hipócritas a santos perdonados y humildes. El proceso de conversión de Dios comienza cuando él elige y atrae a alguien para que sea un verdadero seguidor y discípulo (Juan 6:44, 65). El apóstol Pedro dijo: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). El mismo apóstol explicó lo que debe hacer una persona para ser perdonada: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”

(Hechos 2:38).

Entonces, los seguidores de Cristo, llamados “santos” porque han sido santificados o apartados para Dios, deben vivir fielmente como hijos obedientes de Dios hasta el final de sus vidas para recibir la recompensa de la vida eterna en su Reino. Jesús dijo: “Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo” (Mateo 24:13).

Por supuesto, nadie se vuelve perfecto de inmediato, sino que debe vivir una vida de crecimiento y superación del pecado. De hecho, cabe señalar que todos los cristianos podrían ser acusados de hipócritas, ya que no viven de acuerdo con lo que profesan. Incluso el apóstol Pablo habló de su continua lucha contra el pecado en su vida (véase Romanos 7). Pero hay una gran diferencia entre esforzarse por obedecer a Dios y fracasar, y simplemente fingir obedecer a Dios sin la intención genuina de hacerlo. Aquellos que continúan tratando de seguir a Dios, pero tropiezan y se arrepienten constantemente, no deben ser considerados hipócritas, aunque a veces puedan caer en la hipocresía.

El plan de Dios para salvar a la humanidad se describe en sus siete fiestas anuales mencionadas en Levítico 23. Estas comienzan con la Pascua y los Días de los Panes sin Levadura (que Pablo animó a los cristianos a observar en 1 Corintios 5:7-8), con el simbolismo de Cristo como nuestra Pascua y el pan leudado que significa el pecado durante esa semana. (Asegúrese de leer “La alternativa bíblica a la Pascua Florida”, a partir de la página 11).

Pero Pablo enfatizó que nuestra observancia física de sacar la levadura debe ir acompañada de lo más importante: eliminar la malicia y la maldad pecaminosas, incluida la hipocresía, mientras se toman los “panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (v. 8). Fíjese de nuevo en “de sinceridad y de verdad”, exacta-

mente lo contrario de la hipocresía. Y este pan es una representación de la aceptación del mismo Cristo, el verdadero Pan de Vida (Juan 6:32-51), en quien no había ni hay pecado.

La vacuidad del orgullo, el engreimiento y la hipocresía de nuestra naturaleza humana deben ser reemplazados por la naturaleza de Jesucristo: nuestro viejo ‘yo’ muere con él para que podamos resucitar con él a una nueva vida (véase Romanos 6).

Lo que Dios deploraba de su antiguo pueblo es válido para todas las personas que están al margen de su ayuda espiritual: “Porque mi pueblo es necio... sabios para hacer el mal, pero hacer el bien no supieron” (Jeremías 4:22).

Es indudable que quienes se valen del engaño y la hipocresía para obtener las cosas que desean necesitan tener cierta sabiduría. El apóstol Santiago la llama “sabiduría... terrenal, animal, diabólica”, un camino de egoísmo y mentiras jactanciosas contra la verdad que conduce a “perturbación y toda obra perversa” (Santiago 3:15-16). ¡Pero aquellos que continúan buscando este tipo de sabiduría no heredarán la vida eterna!

Por el contrario, él los insta a buscar “la sabia mansedumbre” (v. 13), es decir, la verdadera sabiduría de Dios: “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre *ni hipocresía*” (v. 17).

Si queremos agradar a Dios, debemos dejar de fingir y en vez ser auténticos. ¡Elimine la levadura de la hipocresía y todos los pecados y, en cambio, busque y practique la auténtica sabiduría celestial! Esta solo es posible a través de Cristo, “el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30). Solo por medio de él hay sinceridad y verdad. **BN**

PARA APRENDER MÁS



Para comprender mejor la obra redentora y salvadora de Dios, quien nos ayuda a dejar atrás nuestros antiguos caminos y a crecer para ser como él, solicite o descargue nuestra guía de estudio gratuita *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*. **Escanee este código o visite LasBN.org/folletos para encontrarla.**



El fuego eterno del infierno

Un tema siempre candente

El abandono del concepto tradicional del infierno por parte de algunos evangélicos, que ahora creen en la destrucción total de los malvados, está causando revuelo. ¿Qué enseña realmente la Biblia?

Por Ken Loucks

¿Cuál será el destino de aquellos que finalmente rechacen a Dios e insistan en no arrepentirse de sus pecados? El concepto tradicional de la mayor parte del cristianismo es que arderán eternamente en el fuego del infierno. Muchos de los que se sienten incómodos con esa idea por considerarla incompatible con el amor y la misericordia de Dios, han adoptado otras ideas. Algunos piensan que quemarse en el infierno es solo una expresión simbólica para referirse al sufrimiento en esta vida. Otros se inclinan por la idea de la salvación universal según la cual, finalmente, todos se salvarán y nadie se perderá. Sin embargo, eso no es lo que dice la Biblia. Y por supuesto, lo que necesitamos saber y comprender es lo que ella dice.

Los creyentes cristianos generalmente reconocen que Dios juzgará a los vivos y a los muertos, que cada persona dará cuenta ante Jesucristo, y que rechazar a Dios tiene consecuencias desastrosas. Lo cierto es que las Escrituras hablan del fuego del infierno como una advertencia seria, no como una metáfora que se pueda ignorar. Es más, no hay duda de que habrá un juicio. La pregunta que se nos plantea es cómo describen las Escrituras *el resultado final* de ese juicio.

En los últimos meses, ha resurgido la atención sobre este tema tras la publicación de un video del famoso actor y ahora maestro evangélico Kirk Cameron, en el que plantea una pregunta con la que muchos creyentes batallan en silencio, pero que rara vez expresan: “¿Estamos equivocados acerca del infierno?”. Como él mismo pregunta, ¿qué dice realmente la Biblia que les sucede a los malvados al final? ¿Permanecerán para siempre en un tormento consciente, o describe la Escritura un final diferente, uno que culmina en una destrucción absoluta que la Biblia llama “la muerte segunda”?

Cameron sorprendió a muchos maestros evangélicos al tomar partido por lo que a menudo se denomina

inmortalidad condicional o *condicionalismo* (contrario al alma inmortal, postula que la vida eterna es solo para los salvos) y *aniquilacionismo*, la creencia en la destrucción absoluta de los impenitentes.

Las fuertes reacciones a los comentarios de Cameron y la receptividad de la gente hacia ellos revelan lo profundamente arraigadas que están las suposiciones sobre el infierno en el pensamiento religioso dominante. Algunos acogieron con satisfacción el debate; otros temieron que el cuestionamiento a los postulados tradicionales pudiera amenazar la doctrina fundamental, especialmente ahora que la enseñanza del condicionalismo está ganando terreno entre los evangélicos. Sin embargo, la pregunta en sí no es nueva, ni frívola. Es una pregunta sobre lo que realmente dice la Biblia al respecto y, más ampliamente, sobre la naturaleza de Dios.

Vida eterna versus destrucción por fuego

La Biblia consistentemente se refiere a la vida eterna como un regalo, no como algo merecido. Pablo escribe claramente: “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). Se contrastan dos resultados: la muerte y la vida, no dos formas diferentes de existencia inmortal.

Ezequiel 18 registra lo que Dios sentenció: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:4). Jesús advirtió que Dios es capaz de “destruir el cuerpo y el alma en la gehena” (Mateo 10:28, La Palabra, BLP-España). Aquí, el término *gehena*, a veces traducido como “infierno”, se refiere al valle de Hinom, un lugar en las afueras de Jerusalén donde se quemaban los desechos. La destrucción definitiva tanto del cuerpo como del alma (o de la existencia consciente) no significa una angustia interminable, sino una extinción permanente.

A lo largo del Antiguo Testamento, el destino de los

malvados se describe con sorprendente coherencia. “Mas los impíos perecerán”, escribió el rey David, y añadió que “*se dispararán como el humo*” (Salmo 37:20, énfasis nuestro en todo este artículo). Malaquías predijo acerca del día en que todos los soberbios y los que hacen el mal serán como estopa, que no les dejará “ni raíz ni rama”, y que serán “*ceniza bajo las plantas de vuestros pies*” (Malaquías 4:1-3).

Lo que las Escrituras enfatizan reiteradamente no es una existencia consciente y sin fin luego del juicio, sino una destrucción irreversible: calcinamiento hasta convertirse en cenizas.

De igual modo, debemos tomar en serio las advertencias de Jesús sobre el “fuego inextinguible” (Marcos 9:43, NTV), las “tinieblas de afuera” y el “lloro y crujiir de dientes” (Mateo 22:13). No se trataba de una metáfora en cuanto a dormir plácidamente y no despertar nunca más. Jesús quería que sus palabras estremecieran, advirtieran e hicieran despertar acerca del terrible destino que les espera a aquellos que finalmente se nieguen a seguirlo.

Sin embargo, la pregunta es la naturaleza de ese destino. ¿Terminaría en destrucción o continuaría eternamente? Es necesario observar que “fuego inextinguible” no significa un fuego que arde para siempre. Significa un fuego que *no se puede extinguir antes de quemar todo por completo* (Marcos 9:43), que arde hasta que no queda nada más por consumir. La paja quemada en Mateo 3:12 es *consumida* por un fuego inextinguible; no es que arda para siempre.

Las imágenes bíblicas del castigo final suelen indicar certeza y gravedad más que duración. El fuego consume, la oscuridad apaga la luz de la vida y la destrucción pone fin a lo que existía antes. Estas imágenes comunican la seriedad e irrevocabilidad del juicio, no una condición en la cual los castigados existen eternamente en un estado consciente.

Aquellos que finalmente rechacen a Dios esperan el juicio de “hervor de fuego que *ha de devorar* a los adversarios” (Hebreos 10:27), es decir, los consumirá por completo.

Ahora bien, Jesús dijo que los malvados irían al “castigo eterno”, mientras que los justos entrarían en la “vida eterna” (Mateo 25:46). A menudo se cree que el paralelo aquí indica la duración idéntica de dos experiencias conscientes. Sin embargo, las Escrituras frecuentemente utilizan el término “eterno” para describir *resultados*, no situaciones interminables. No se trata de ser castigado eternamente, sino de recibir un castigo eterno, cuyo resultado final es irreversible.

De manera semejante, Hebreos habla del “juicio eterno” (Hebreos 6:2), aunque el juicio no es un proceso que continúe para siempre. Es un veredicto con efecto permanente. Del mismo modo, la “eterna redención” (Hebreos 9:12) no significa que Cristo siga redimiéndonos eternamente, sino que la redención que él llevó a cabo *nunca expira*.

La frase de Pablo “destrucción eterna” (2 Tesalonicenses 1:9, RVC) corrobora el concepto. La destrucción que dura para siempre no implica un acto de destrucción continuo; significa que lo que se destruye nunca se restaura.

Justicia divina y razonamiento humano

Dios dio a los israelitas el principio de justicia del “ojo por ojo”; esto significa no solo que el castigo debe ajustarse al delito, sino también que el castigo *no debe exceder* al delito. De hecho, nuestro concepto de la justicia en este sentido proviene de Dios, el verdadero árbitro de la justicia. Así que, piense en esto: quienes viven en pecado toda su corta existencia como humanos, ¿arderán por los siglos de los siglos? Como pregunta Cameron en su video: “Así que después de mil millones de años, ¿usted no estará siquiera un segundo más cerca del final?”.

Muchas ideas sobre el tormento eterno consciente se basan en razonamientos filosóficos más que en afirmaciones provenientes de la Biblia. Uno de los argumentos más comunes afirma que, según la justicia perfecta de Dios, todos los pecados, por finitos que sean, se cometen contra un Dios infinito y, por lo tanto, merecen un castigo infinito.

Pero eso es solo un concepto inventado, sin pruebas. En ninguna parte de la Biblia hay evidencia de que los pecados sean castigados eternamente porque Dios sea infinito. Y, de hecho, la idea es ilógica, porque significaría que la justicia divina *nunca* podría satisfacerse. Sin embargo, sí se satisface con la muerte de Cristo para aquellos que la aceptan. Pero como algunos no la aceptarán, nunca habría para ellos un punto final que pueda satisfacer la justicia. Dios, ante esa situación, se vería “obligado”, por su propia justicia, a mantener a las personas en un tormento infernal indefinido, ¡aunque eso no llegue a satisfacer esa justicia!

Y después de un millón, un billón, un trillón de años ardiendo allí, los que sufren no estarán más cerca del alivio, porque este jamás llegará.

¿Tiene sentido todo esto? ¿Tiene sentido que Dios creara a los seres humanos sabiendo que tendría que enviar a muchos de ellos a un tormento eterno? Mientras tanto, Dios y los redimidos estarían regocijándose durante esa misma eternidad.

¿No parece esto una descripción muy tenebrosa de Dios? Si esto lo perturba, ¡no le falta razón! Como dijimos, todo nuestro concepto de justicia proviene de Dios. Además, la Biblia nos dice que *Dios es amor* (1 Juan 4:8, 16): una preocupación desbordante por los demás. Y nos dice además que su “misericordia triunfa sobre el juicio” (Santiago 2:13). Sí, eso se puede aplicar a Cristo, que soportó el juicio en lugar nuestro. Pero ¿no existe siquiera la misericordia de la muerte definitiva para los demás? Reiteramos: la Biblia declara que *la muerte*, y no el tormento consciente, es la paga del pecado.

Suposiciones erróneas sobre el alma inmortal

El problema aquí para los teólogos que abogan por el tormento eterno, que bien pueden estar motivados por un sincero deseo de defender la santidad y la justicia de Dios, es un malentendido sobre la naturaleza del hombre: pensar que Dios nos creó con almas inmortales que no pueden morir. Una vez que se acepta la inmortalidad, se debe acomodar el tormento eterno para aquellos que no se arrepienten. Sin embargo, las Escrituras enseñan algo muy

diferente.

Pablo afirma claramente que Dios es “el único que tiene inmortalidad” (1 Timoteo 6:16). La inmortalidad no es una característica inherente al ser humano, sino que pertenece a Dios. A los creyentes se les dice que “es necesario que esto mortal se vista de inmortalidad” en la resurrección (1 Corintios 15:53). Uno no se viste con algo que ya lleva puesto.

La vida eterna se presenta constantemente como *un regalo*. Según Jesús, Dios desea “para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna” (Juan 3:16, BLP). La palabra *perecer* significa ser completamente destruido o aniquilado, y no seguir viviendo en otra condición. Si los malvados viven para siempre, incluso miserablemente, entonces *perecer* pierde su significado.

A este respecto, lo que dice Cameron se ajusta mucho a las Escrituras. Él señala que cuando la inmortalidad se da por sentada en lugar de demostrarse con la Biblia, las conclusiones sobre el infierno se basan más en la filosofía que en la enseñanza bíblica. Este tema fue explorado en profundidad por otro maestro cristiano al que Cameron hace referencia, Edward Fudge, quien argumentó en su libro *The Fire That Consumes* (“El fuego que consume”) que la inmortalidad es condicional, concedida solo a través de Cristo, y que la Biblia nunca enseña la existencia eterna de los malvados.

Una objeción emocional común es que la inmortalidad condicional es “suavizar un poco el infierno”, y que permite a los pecadores “salirse con la suya”. ¡No hay nada “suavizante” en el simple hecho de transmitir lo que en realidad dice la Biblia! Y en lo que dice, los pecadores no se libran. La pérdida permanente de la vida, ser borrado irremediablemente de la existencia, las relaciones y el futuro, no es indulgencia. Es el juicio más absoluto que las Escrituras pueden describir. ¡Nada podría ser más definitivo!

Como argumenta el investigador condicionalista Joseph Dear en su sitio web *RethinkingHell.com*, la aniquilación da como resultado una pérdida irreparable: la pérdida misma de la vida eterna. El castigo no es leve, sino *absoluto*.

En todo caso, la pérdida definitiva de la vida destaca lo urgente que es la necesidad de arrepentirse. Lo que está en juego no es simplemente la comodidad o la condición, sino la existencia misma: la vida que solo se puede recibir a través de Jesucristo.

Las Escrituras también afirman que hay grados de castigo. Jesús dijo que para algunos sería “más tolerable” que para otros en el día del juicio (Mateo 11:22; compárese con Lucas 12:47-48). La inmortalidad condicional deja pleno espacio para un juicio proporcional antes de la destrucción final.

Y son muy pocos, entre quienes participan en este debate, los que comprenden que el período del juicio final es mucho más que una sentencia inmediata. Dios quiere que todos los seres humanos tengan la oportunidad de ser

La Biblia no enseña el
tormento eterno consciente,
sino que una destrucción
fina e irreversible.



redimidos y salvados (2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4). Sin embargo, no todos han tenido esa oportunidad en esta vida. ¿Qué sucede con ellos?

Tradicición, sinceridad y necesidad de reexaminarse

Muchos creyentes sinceros han creído interpretaciones sobre el infierno y la vida después de la muerte sin darse cuenta de sus orígenes no bíblicos. Esta no es una acusación de mala fe. A lo largo de la historia, personas sinceras han tenido opiniones diferentes tra-

tando de apegarse a las Escrituras. La cuestión no es si la tradición carece de valor, sino si debe reexaminarse siempre a la luz de las Escrituras. Los bereanos fueron elogiados por comparar lo que se les enseñaba con la Palabra de Dios (Hechos 17:11).

Este artículo no niega el juicio por fuego como castigo definitivo ni la gravedad del pecado. No enseña la salvación universal, el juicio temporal o las segundas oportunidades más allá de lo que describe la Escritura. No minimiza las advertencias de Jesús ni la justicia de Dios. Lo que *sí* dice es que la Biblia no enseña un tormento eterno consciente, sino una destrucción final e irreversible en un “lago de fuego” llamado “la segunda muerte” (Apocalipsis 2:11; 20:6, 14; 21:8), de la cual los salvos están exentos.

Algunos argumentarían que rechazar la enseñanza del tormento eterno consciente es simplemente seguir lo que resulta más cómodo en lugar de lo que dice la Biblia. Y hay algunos que probablemente creen que esto es cierto, especialmente aquellos que defienden la salvación universal. Pero la Biblia no enseña el tormento eterno consciente como se cree, como tampoco enseña la inmortalidad automática del alma. Además, hay una forma apropiada de evaluar si nos sentimos cómodos con una enseñanza o no, y es cuán bien concuerda esta con nuestra comprensión de toda la Escritura y la naturaleza de Dios según se revela en ella.

Es vital que aprendamos lo que realmente dice la Biblia. De hecho, hay mucho más en este asunto de lo que entienden los cristianos y la mayoría de los que promueven el condicionalismo: la Biblia revela mucho más sobre el período del juicio final. Este es un tema importante, e invitamos a nuestros lectores a solicitar nuestra guía de estudio gratuita *El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña la Biblia realmente?* Ella responde a muchos interrogantes que se han planteado para apoyar el concepto tradicional y explica aún más sobre lo que dice la Biblia acerca de la vida después de la muerte.

Por ahora, es suficiente decir que la Biblia no enseña que las personas arderán eternamente en el fuego del infierno. Los malvados serán consumidos por el fuego. Pero ese no es un destino deseable, ya que se trata, sin duda, de una pérdida irreparable. Recibamos, en cambio, el regalo que Dios nos ofrece: “vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). **BN**

¿Ha orado usted alguna vez un mictam?

Seis de los Salmos incluyen este tipo de oración en sus encabezados. ¿Qué tiene ella de especial? ¿Y cómo se relaciona con nuestras circunstancias actuales?

Por Rex Sexton

David huía para salvar su vida. El rey Saúl había jurado matarlo y enviado hombres a capturarlo. David se dirigió a la tierra vecina de los filisteos, eternos enemigos de Israel, y buscó refugio con Aquis, el rey de Gat (1 Samuel 21:10). Parecía una decisión extraña, ya que David había matado al gigante Goliat, el campeón filisteo de esa ciudad, y a muchos otros filisteos. Quizás David pensó que Aquis respetaría su audacia o que le resultaría útil contra Saúl. Tal vez ya le habían hecho alguna oferta previamente. Al menos estaba fuera del alcance de Saúl.

Los funcionarios de Aquis advirtieron que David era considerado rey en Israel y recordaron sus victorias pasadas contra ellos, mencionando el cántico de los israelitas: “Hirió Saúl a sus miles, y David a sus diez miles” (v. 11). Al oír esto, David tuvo miedo y fingió estar loco. “Y cambió su manera de comportarse delante de ellos, y se fingió loco entre ellos, y escribía en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba” (v. 13). Confundido, el gobernante filisteo quiso alejarlo de su presencia, pero no lo mandó matar, quizás porque los locos se consideraban tocados por los dioses, y tal vez pensó que David aún podría serle útil como ventaja contra Saúl.

Poco después, David escapó de Gat y huyó a una cueva en las tierras bajas entre Judá y Filistea (1 Samuel 22:1). Mientras estaba en Gat, temiendo por su vida, David escribió el Salmo 56. El peligro que enfrentaba era en parte el resultado de sus propias decisiones imprudentes, que ya no podía deshacer. Sabía que solo un milagro de Dios podía salvarlo. David nos dejó una importante lección de fe en el versículo 11: “En Dios he confiado; no temeré; ¿Qué puede hacerme el hombre?”.

El Salmo 56 es uno de los seis salmos designados como “Mictam de David”. El Salmo 16 está situado aparte de los demás, mientras que los Salmos 56 al 60 forman una secuencia consecutiva de cinco. Estos últimos cinco fueron musicalizados, con letras adaptadas a canciones conocidas de la época, lo que facilitaba su memorización.

¿Qué es un mictam? ¿Y cómo podría aplicarse esta forma de salmo en nuestra vida?

La palabra *mictam* (también escrita *mikhtam* o *miktam*) tiene un significado incierto. Algunos eruditos piensan que significa “grabado” o “inscripción”. Otros la relacionan con una palabra que significa “oro fino”, sugiriendo algo valioso y permanente, como un sello de oro estampado. También se ha sugerido que se refiere a una composición escrita que originalmente no tenía música, o a palabras que merecían ser grabadas para preservarlas. En cualquier caso, el término parece indicar algo precioso que vale la pena recordar para siempre.

Lo que sí queda claro es que cada salmo designado como mictam es una oración sumamente intensa durante un momento de extremo

peligro o necesidad. Todos incluyen situaciones de vida o muerte que no pueden resolverse con esfuerzo humano, cuando Dios es la única respuesta. En ellos, David reconoce el poder y la soberanía de Dios y pide liberación. Y cada oración concluye con una expresión de seguridad y convicción en la ayuda divina.

Quizás el más conocido de los mictam sea el primero, el Salmo 16, reconocido como profético. El versículo 10, “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”, es citado por los apóstoles Pedro y Pablo como referencia a Jesucristo (Hechos 2:27; 13:35). Sin duda, este salmo estaba en la mente de Jesús mientras oraba en el huerto de Getsemaní antes de ser arrestado y enjuiciado, y muchos creen que habría estado recitando sus palabras.

¿Ha orado usted alguna vez un mictam? Si usted es cristiano, llegará un momento en su vida en que lo hará. Dios permite desafíos y dificultades para probar nuestro carácter (Deuteronomio 8:2-3; 1 Pedro 1:7). Todos llegaremos a un punto en el que habremos agotado todo esfuerzo para resolver un problema, sin éxito. Tal vez sea una enfermedad u otro padecimiento físico para el cual hemos intentado toda opción médica, solo para descubrir que nada de lo que hacemos funciona. Nuestro único recurso será acudir a nuestro Creador para que nos sane, y confiar en su voluntad. Otros desafíos también pueden llevarnos a orar un mictam: problemas laborales, conflictos familiares o dificultades económicas, todos los cuales pueden ser muy graves.

Todo cristiano necesita aprender las mismas lecciones que aprendió David, y felizmente estas quedaron registradas para nosotros. El apóstol Santiago señaló que “la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Santiago 1:3). Los momentos en que debemos elevar una plegaria intensa y ferviente —un mictam— forjan un carácter más fuerte. Pablo escribió: “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Romanos 5:3-5).

Las lecciones que nos dejaron los mictam son sencillas y directas.

Confianza en la protección divina: “Protégeme, oh Dios, pues en ti me refugio” (Salmo 16:1, La Biblia de las Américas).

Fe en medio del temor: “En el día que temo, yo en ti confío” (Salmo 56:3).

Fe durante la persecución: “Mi vida está entre leones . . . Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto” (Salmo 57:4, 7).

Confianza en la defensa de Dios: “A causa del poder del enemigo esperaré en ti, porque Dios es mi defensa” (Salmo 59:9).

Llegará el día en que enfrentaremos una situación grave y comprenderemos que nuestro Dios y Salvador es la única respuesta. Tal como hizo David cuando su vida corría peligro, elevaremos nuestro propio mictam: una oración intensa y suplicante, de preciado valor, grabada en nuestra mente para siempre. Y nuestro Dios escuchará esa oración. **BN**



El verdadero **ARREPENTIMIENTO**

Mucho más que una simple disculpa

El verdadero arrepentimiento va mucho más allá de una simple admisión de la culpa y lamentarnos por nuestros pecados. Implica un remordimiento genuino y un deseo de reforma profunda que conduzcan a un cambio de pensamiento y conducta.

Por Ken Loucks

En el mundo actual, el concepto de arrepentimiento suele reducirse a un simple “lo siento” o a una disculpa rápida en las redes sociales. Pero el verdadero arrepentimiento, tal como lo revela la Biblia, va mucho más allá de meras palabras o sentimientos pasajeros de lamento. Implica *una transformación completa de corazón y mente* que produce un cambio duradero en nuestra vida.

Remordimiento por las razones correctas

Consideremos la marcada diferencia entre dos reyes del antiguo Israel: Saúl y David. Ambos cometieron pecados graves y expresaron pesar por sus acciones. Sin embargo, sus desenlaces no pudieron ser más diferentes. En 1 Samuel 15 leemos que el rey Saúl desobedeció abiertamente la orden de Dios de destruir por completo a los amalecitas. Cuando el profeta Samuel lo confrontó, la respuesta de Saúl reveló un remordimiento superficial, enfocado principalmente en mantener su reputación ante el pueblo. “Yo he pecado”, dijo, “pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel” (v. 30).

David, en cambio, cuando el profeta Natán lo confrontó por sus pecados de adulterio y homicidio, reconoció de inmediato: “Pequé contra el Eterno” (2 Samuel 12:13). Su remordimiento sincero y correctamente enfocado queda plasmado con elocuencia en el Salmo 51, donde clama: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo

delante de tus ojos” (v. 4). La preocupación principal de David no era su imagen pública ni las consecuencias terrenales de sus acciones: era la relación dañada con Dios.

El apóstol Pablo explica esta fundamental distinción en 2 Corintios 7:10: “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte”. La aflicción del mundo, como la de Saúl, se enfoca en las consecuencias de ser descubierto y procura evitar el castigo o guardar las apariencias. La aflicción según Dios, ejemplificada por David, reconoce que nuestros pecados ofenden principalmente a Dios y perjudican nuestra relación con él.

Pero ¿qué es exactamente el pecado? El apóstol Juan ofrece una definición clara: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Y no cualquier ley: la ley de Dios. Como nos recuerda Isaías 33:22: “Porque el Eterno es nuestro juez, el Eterno es nuestro legislador, el Eterno es nuestro Rey”. Cuando quebrantamos la ley de Dios, no estamos simplemente violando un conjunto de reglas, sino arruinando nuestra relación con el divino Legislador.

Este conocimiento debe llevarnos a examinar nuestros motivos cuando sentimos remordimiento por nuestras acciones. ¿Lamentamos únicamente el haber sido descubiertos? ¿Intentamos solo evitar las consecuencias? ¿O acaso, como David, nos afligimos porque hemos dañado

nuestra relación con nuestro amoroso Creador?

Comprensión que lleva a la acción

Jesús ilustró este principio con la parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11-32). El joven que derrochó su herencia en una vida desenfrenada llegó a un momento de profunda reflexión cuando se encontró deseando comer las algarrobas que se les daba a los cerdos. Su despertar no fue solo por el hambre o la riqueza perdida. Reconoció que había pecado “contra el cielo” y contra su padre (Lucas 15:18). Esa comprensión lo llevó a actuar. No se limitó a lamentarse de su situación: se levantó y regresó a casa, dispuesto a aceptar cualquier consecuencia que le esperara.

Jesús recalcó la seriedad del arrepentimiento en su sermón del monte. Enseñó que si nuestro ojo derecho nos hace pecar, debemos sacarlo, y si nuestra mano derecha nos hace pecar, debemos cortarla (Mateo 5:29-30). Estas son declaraciones figuradas, no para tomarse de manera literal. El punto es eliminar de nuestra vida todo enfoque o actividad —por muy cercano o querido que sea— que nos esté arrasando al pecado. De hecho, el verdadero arrepentimiento a menudo exige medidas drásticas. Puede significar terminar relaciones que nos alejan de Dios, cambiar nuestras opciones de entretenimiento o ajustar nuestros hábitos laborales para evitar ciertas situaciones.

Es importante comprender que el verdadero arrepentimiento no consiste en hacer penitencia ni en tratar de compensar nuestros pecados con buenas obras. No podemos ganarnos el perdón mediante el autocastigo ni acumulando suficientes obras buenas para contrarrestar nuestras faltas. El arrepentimiento implica, más bien, un cambio completo de mentalidad y de propósito, tal como lo ilustra el libro de Hebreos, que menciona el arrepentimiento de obras muertas como una de las doctrinas fundamentales (Hebreos 6:1).

Este cambio comienza por reconocer el pecado tal como Dios lo define, y no como lo define nuestra sociedad. En el mundo de hoy, donde prevalece el relativismo moral y los valores tradicionales se desechan con frecuencia como anticuados o intolerantes, es fundamental recordar que *los estándares de Dios no han cambiado*. Lo que él identificó como pecado hace miles de años sigue siéndolo hoy, independientemente de las normas culturales cambiantes o la aceptación social.

Y debemos hacer lo que Dios manda. Como dijo Jesús: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). Pablo también escribió: “Porque no son los oídos de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados” (Romanos 2:13).

Sin embargo, nuestra naturaleza humana se resiste a obedecer a Dios (Romanos 8:7). Necesitamos la ayuda de su Espíritu para perseverar en la obediencia. Los mandamientos de Dios expresan el amor divino (1 Juan 5:3), y ese amor es derramado en nosotros por medio de su Espíritu

(Romanos 5:5). Esta relación dinámica se renueva día tras día (véase 2 Corintios 4:16).

Un proceso continuo de relación cada vez más profunda con Dios

El proceso de desarrollar una “tristeza que es según Dios” (2 Corintios 7:10) y un verdadero arrepentimiento requiere oración frecuente, pidiéndole a Dios que nos ayude a ver el pecado como él lo ve y que nos fortalezca para vencerlo. Implica un estudio profundo de su Palabra para comprender su perspectiva, y una meditación constante en su carácter y su amor perfecto por nosotros. A medida que forjemos una relación más estrecha con nuestro Creador, decepcionarlo debería resultarnos más doloroso que cualquier consecuencia física que podamos enfrentar por nuestros pecados.

La parábola del hijo pródigo que relató Cristo ofrece esperanza a todos los que se arrepienten de corazón. Cuando el hijo descarriado volvió a casa, su padre corrió a recibirlo, lo abrazó y celebró su regreso (Lucas 15:20-24). De igual manera, nuestro Padre celestial espera con anhelo nuestro arrepentimiento genuino y retorno a él. No exige que nos ganemos el camino de vuelta mediante penitencias u obras: lo que pide es un corazón y una mente transformados que conduzcan a un cambio de conducta con su ayuda.

El verdadero arrepentimiento es un proceso continuo en la vida cristiana. No es un suceso que ocurre una sola vez, sino un camino constante de autoexamen a la luz de la ley de Dios, de reconocer en qué fallamos y de hacer los cambios necesarios para alinear nuestra vida con su voluntad. Este proceso se facilita a medida que desarrollamos una relación más cercana con Dios y comenzamos a ver el pecado como él lo ve: no solo como una transgresión de su ley, sino como un daño a nuestra relación con nuestro amoroso Padre. Y al acercarnos a él, somos fortalecidos en sus caminos.

En el mundo actual de soluciones rápidas y superficiales, el concepto bíblico de arrepentimiento puede parecer extremo o innecesario. Pero así como una enfermedad física grave requiere más que una curita, la enfermedad espiritual del pecado requiere más que una disculpa casual. Exige una transformación completa de corazón y mente que produzca un cambio duradero en nuestra vida. De eso se trata el verdadero arrepentimiento: no solo de lamentar nuestros pecados, sino de apartarnos de ellos y volvernos a Dios con todo nuestro corazón, mente y fuerzas. **BN**

PARA APRENDER MÁS

Si no estamos siguiendo a Dios como es debido, hay otra alternativa: volver nuestras vidas a él como nos indica, para que perdone nuestros pecados y nos ayude a vivir. Para más información, solicite o descargue nuestras guías de estudio gratuitas *El perdón sí es posible* y *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*. **Escanee este código o visite LasBN.org/folleto para encontrarlas.**



¿Quién fue Jesús?

Pocos ponen en duda que un hombre llamado Jesús vivió hace 2000 años, y que fue un gran maestro que influyó en el mundo desde su época hasta ahora.

Sin embargo, muy pocos comprenden realmente el significado de sus enseñanzas en aquel entonces y lo que significan hoy para nosotros.

Descubra al verdadero Jesucristo.
Solicite su copia GRATUITA de
*La verdadera historia de
Jesucristo*, o léala en línea en
LasBN.org



Escanee este código para
solicitar o descargar su copia.



Romolo Tavani vía Getty

Todos necesitamos escuchar buenas noticias de vez en cuando. Esto nos ayuda a superar las dificultades de nuestra vida diaria y nos da la fuerza para enfrentar el futuro. Así que ¿por qué no recibirlas sin costo? Pida su suscripción GRATUITA a *Las Buenas Noticias* completando el formulario en www.LasBN.org.